



HISTORIA DE ADELA Y SU HIJO CÉSAR ARMANDO: LO IMPORTANTE ES CUIDAR A LOS MUCHACHOS QUE MAÑANA PUEDEN DESAPARECER

Soy Adela Rodríguez y busco a mi hijo César Armando Soto Rodríguez, nacido el 14 de enero de 1981. La última vez que lo vieron lo perseguían dos patrullas de la policía municipal; tenía 31 años y cuatro hijos, de los cuales dos viven conmigo.

Nací el 9 de mayo de 1965 en Las Águilas, cerca del Ejido Ahome Independencia, que es donde vivo ahora con mi esposo, las dos hijas que me quedaron, sus hijas y los chamacos que dejó mi hijo. A todos los quiero igual, así que, resumiendo, vivo con ocho de mis hijos.

Por muchos años mi mamá vivió en una casa al lado de la nuestra y me echaba la mano con los muchachos. Ella tuvo 16 hijos, pero sólo le sobrevivimos cinco; uno murió ya grande, y el resto pequeñitos, era normal en esas épocas. Así que yo crecí con 5 hermanos: tres mujeres y dos varones.

Mi madre quedó viuda a los cuarenta años, cuando yo tenía como diez. Lo que mató a mi papá fue una úlcera que le dio, yo creo que de tanto hacer corajes. Todos le teníamos miedo, incluyendo a mi mamá, porque solía golpearla cuando llegaba a casa borracho después de pasar días trabajando en la obra. La recuerdo siempre debajo de un reboso, sin poder salir a la calle, sin poder hablar ni mirar. Ya de grande mi papá se fue componiendo de ser borracho, pero lo corajudo no se le quitó nunca.

Cuando murió, mi mamá tuvo que ponerse a trabajar, así que se fue a los campos a empacar calabaza, chile y tomate, y yo dejé la escuela a punto de iniciar la secundaria para trabajar con ella en los campos y ayudarle a hacer tortas que vendíamos en las cenadurías. Las jornadas

en el campo eran largas, entrábamos a trabajar a la una de la tarde y regresábamos a las dos de la mañana a la casa.

Mi madre murió de cincuenta y tantos años de un cáncer fulminante. Decía que le dolían terriblemente las piernas; un día se fue a checar al doctor y dos semanas después ya no estaba con nosotros. Tuvo una vida muy cansada.

Y yo también he tenido la mía. Empecemos con el padre de mis hijos. Lo conocí a mis 14 años, cuando él tenía 19. Me salí de la casa para irme con él porque ya estaba enfadada de batallar tanto con mis hermanos y de trabajar en el campo. Él era un hombre muy enamorado, andaba con la una y con la otra y además me trataba muy mal.

Se repitió la historia. Cada vez que este hombre venía, nos golpeaba a mí y a mis hijos. Pobrecitos, nomás sabían que iba a llegar su papá y los chamaquitos se escondían en un rincón para evitar los golpes. Además de que no nos trataba bien tampoco nos daba de comer y yo tenía que trabajar en lo que fuera para llevar el pan a la casa. Por suerte, mi hermano me echó la mano en un momento pagándome unos cursos de primeros auxilios y enfermería que yo tenía muchas ganas de tomar. Empecé con todo el ánimo porque es algo que siempre me ha gustado, pero no pude terminarlo porque había que ir a Los Mochis a hacer las prácticas, y con tres chamacos en la casa y un marido que no ayudaba no era posible. Además, cuando empecé a hacer las prácticas en el hospital sentí que el humor de tanto enfermo me ponía mal, un motivo más para dejar los estudios. Pero lo que aprendí en el tiempo que estuve me sirvió para poner inyecciones y cuidar a los enfermos de los vecinos, todos dicen que tengo la mano bien livianita.

Cuando le dije a mi mamá que me quería separar de este hombre me regañó: “¡Vas a andar de vagal!”, me dijo, pero yo estaba decidida, así que agarré a los niños y me los lleve para Los Mochis a rentar una casa. Rápidamente encontré trabajo con una familia con la que duré 10 años, eran muy buenos y siempre me procuraban con ropa y comida.

Una vez le pedí a la señora 2 mil pesos prestados para comprarme un solar en los Álamos y ella y su esposo me los regalaron. El día que me entregaron los papeles del solar me fui para allá con mis chamacos, puse

dos palos y un hule negro alrededor para hacer una especie de cuartito. Y así empecé a construir de a poco, pidiendo fiado material aquí y allá. Reemplacé el hule por fibracel y más adelante fui comprando ladrillos para fincar el cuarto. Me iba muy bien en mi trabajo, pero sentía que me estaba haciendo vieja y no tenía ningún tipo de seguridad social, así que cuando me ofrecieron un trabajo de limpieza en un banco le renuncié a mis patrones. Me regalaron otros 2 mil pesos al momento de irme.

Fue entonces cuando empezó a buscarme el que ahora es mi marido, Natividad Jacobí. Estaba casado y yo no quería destruir su matrimonio, pero me explicó que su mujer trabajaba en las cantinas, que se iba semanas o meses y que le había dejado a sus hijos para que los viera. Estaba complicada la cosa para él, pero yo le puse mis condiciones porque no quería fracasar de nuevo. Si quería juntarse conmigo teníamos que casarnos, y así le hicimos. Un día él organizó los papeles y nos casamos ante un juez, después nos fuimos a celebrar con unos amigos, un par de caguamas y una comida sencilla.

Yo no quería irme a vivir a su casa porque allá paraba en ocasiones su ex mujer y vivían sus hijos y sus papás, así que me lo traje para la mía, muy segura de que aquí podíamos estar, y mi madre no lo aceptó. No lo quería ni poquito, decía que era un borracho y lo llamaba “indio”: “Nosotros somos gente de razón y ellos no”, repetía. Tirados en la calle, sin dónde dormir, lo que se nos ocurrió fue armar un catre debajo de la mata de limón del solar de la casa de mi mamá y dormir protegiéndonos en la ramada en pleno invierno, hasta que él paró el primer cuarto aquí mismo en el solar para vivir juntos.

Natividad tenía una fábrica de ladrillos, así que muy rápidamente construyó un cuarto para que viviéramos juntos con mis hijos, que mientras tanto se habían quedado en casa de mi mamá. Después del cuarto terminó de construir la casa e incluso el altar que está a la entrada, donde le rezo a mi hijo.

A través de Natividad empecé a conocer de cerca el pueblo yoreme, sus tradiciones y, sobre todo, sus bailes. Él aprendió todo de su papá, un hombre sabio que conocí cuando ya estaba muy viejo y enfermo. Natividad lo trajo a la casa cuando no podía ni pararse de la cama

y entre mis hijas y yo lo procuramos bastante, al punto de que se fue recuperando con el tiempo. Pero un día sus hijas se lo llevaron sin su consentimiento y él, que era tan bromista, me decía que sus hijas eran unas brujas y que se convertían en perro. Después de un mes de regresar con ellas se murió el señor. Todavía me acuerdo cómo me hacía reír.

Natividad heredó de su padre la lengua yoreme y el gusto por la pascola. Desde los siete años participa de los bailes tradicionales y a sus sesenta es uno de los mejores pascolas de la comunidad. Él está orgulloso de su tradición y yo estoy orgullosa de estar con él, así que cuando se acerca la temporada de baile le bordo sus camisas, le renuevo su traje y le restauro sus máscaras. Se ve muy guapo con el vestido blanco porque le resalta la piel morena, y hasta la flor que se pone en el cabello, que al comienzo se me hacía tan chistosa, me parece que se le ve muy bien.

En su grupo es el líder y sabe muchos juegos; cuando baila, los otros están mudos y él no para de hablar en la lengua. Por ejemplo, se sabe el juego de la víbora, y describe todo mientras hace el movimiento del animal subiendo por el pecho; se sabe el tradicional baile del venado y el significado que tiene cada cosa. Es una dicha escucharlo cuando da su sermón, primero en lengua materna y después en la castilla.²⁹ Hace llorar a la gente de lo bonito.

Como es uno de los pocos pascolas que habla bien la lengua, vienen muchos niños a buscarlo para que les enseñe sobre su cultura. A mis nietos también les enseñó y desde chiquitos empezaron a bailar como judíos, pero como ya crecieron no quieren seguir, dicen que les da vergüenza. Es gracioso, los yoremes no quieren ser indios, y los yoris, o sea nosotros, o al menos yo, queremos serlo.

A pesar de que mi esposo baila bien y sabe tanto de la cultura yoreme no recibe ningún apoyo de parte de la CDI³⁰ o de la gobernadora indígena. Ni siquiera para comprar unos tenábaris para el baile le han ayudado, así que tiene que pedir prestados los de los compañeros para completar el atuendo, porque los suyos ya están muy viejos y les faltan piezas.

²⁹ Se refiere al idioma español, llamado “castilla” por las poblaciones yoremes [N. de las E.].

³⁰ Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas [N. de las E.].

Ni para eso ni para buscar a nuestros desaparecidos sirve el gobierno. A mi hijo, por ejemplo, no lo han buscado desde el 20 de noviembre de 2012, cuando desapareció, y he sido yo la que ha tenido que hacerlo desde ese día.

Estaba lavando ropa después de haber llegado del desfile de la escuela de los niños y me hablaron mis hijas para decirme que un muchacho les avisó que al plebe lo andaban correteando dos patrullas en Nuevo Horizonte. Él y su amigo iban en una moto cuando empezó la persecución; el otro joven se tiró de la moto y fue a avisarles a mis hijas lo que estaba pasando. Mi hijo siguió huyendo hasta que se cayó de la moto y salió a correr por el monte, con los policías detrás. Todo el mundo vio a las patrullas, eran las 10 de la mañana, pero después de que se perdieron en el monte parece que nadie vio nada, o al menos no quisieron hablar. Algunos testigos dicen que mi muchacho parecía herido y que se escucharon balazos, pero que aún así él seguía corriendo bien recio.

Mis hijas intentaron averiguar algo, pero no lograron nada; esa noche me quedé esperando a que el plebe llamara en caso de que hubiera escapado, porque él llamaba todos los días sin importar dónde estaba o qué estaba haciendo. Ya fuera para pedirme para los refrescos o para los cigarros, o para pedir que le mandara ropa, siempre me llamaba.

Al día siguiente fui al lugar donde lo vieron por última vez para no quedarme con dudas. Me bajé en el monte y entré por un corredorcito lleno de maleza hasta el final. ¡Qué feo lugar!, las casas abandonadas, todas rayadas, y puro monte para todos lados. Toqué las puertas de las casitas que estaban cerca y me abrieron algunas señoras, pero no dijeron nada, todas tenían miedo de hablar.

Averigüé quiénes eran los policías encargados de esa zona y me dijeron que eran los del Ejido Mochis, así que me fui a buscarlo a los separos a ver si lo habían llevado para allá, pero cuando llegué a preguntar por él me dijeron que no lo tenían, que no sabían nada. Tres días después alguien le dijo a mi chamaca que lo habían visto en un tiradero lleno de muchachos adictos y que estaba muy drogado, como ido. Me quedé con la esperanza de que iba a aparecer cuando se le pasara, así que tardé como dos meses en poner la denuncia en la Procuraduría.

Él andaba mal desde hacía tiempo. Después de ser bien trabajador en el campo empezó a juntarse con unos muchachos que lo metieron en el vicio y, como pasa con los plebes, se me fue yendo de las manos. Andaba con un amigo o con otro, portándose mal. Cuando llegaba a comer en las noches le tenía una cazuelita de frijol y unas tortillas de harina, que era lo que le gustaba, y se lo comía rápido porque decía que lo venían siguiendo. Eso no era vida ni para él ni para nosotros.

Cuando me pidieron las muestras de genética le pedí a su papá que fuera y me dijo que sí, pero el mero día no llegó porque se le olvidó. Tuve que pedirle a su esposa que se lo recordara y al día siguiente fue, pero desde entonces nunca se ha acercado a preguntar por su hijo y mucho menos lo ha buscado.

Por suerte, mi esposo sí me ha ayudado mucho. Vendió una parcelita que tenía y la camioneta en la que trabajaba el ladrillo para poder cubrir los gastos de la búsqueda y hasta para pagar los chamanes y las curanderas a los que hemos acudido por ayuda. Después de la desaparición de mi hijo, a mi esposo le mataron también a su muchacha de 20 años, madre de tres plebes, así que se nos juntó todo y poco a poco nos fuimos quedando sin nada, sin la fábrica de ladrillos y sin dinero.

Una vez que fui al palacio municipal a pedir apoyo ya no sabía qué hacer, porque no tenía dinero ni para moverme. Una de las secretarías me habló de la señora Mirna, que ayudaba a otras mamás como yo, me dio su número en un papelito, pero yo no me animaba a llamarla y tardé meses en marcarle. Finalmente, cuando las conocí hasta lloré de la emoción porque por fin pude desahogarme con personas que me entendían. Las búsquedas me ayudaron mucho para subir el ánimo; cuando ando en el monte, pensando sólo en encontrarlos, ni siquiera me canso. Pero últimamente no he podido reunir los ánimos para volver, me siento muy nerviosa, todo me da miedo. No me gusta que me agarre la noche andando afuera y me pone de nervios cuando pasa una moto o una patrulla. Es que no dejan de pasar cosas y ando muy sensible.

Apenas hace quince días desaparecieron a tres muchachitos por aquí cerca y yo tengo a los plebes de mi hijo, que están en la edad en que corren más riesgo, uno de 18 y el otro de 17. Trabajan en el campo

cultivando papa, pero también le están entrando al consumo del cristal y por más que hablo con ellos no me hacen caso. Deben estar afectados por todo lo que les ha tocado vivir: su mamá me los dejó aquí porque ya no los soportaba, y cuando quisimos ponerles disciplina nos dijo a mi marido y a mí que no teníamos derecho. Y en estas condiciones todavía su mamá me quería dejar a los otros dos chamaquitos, porque tuvo cuatro más con otro señor al que también mataron. No puedo ayudarla más porque estoy vieja. Aún así le doy de comer todos los días a los otros dos muchachos, pero no nos alcanza ni el dinero ni la energía.

Como mi marido perdió la fábrica de ladrillos tuvo que buscar trabajo en el campo y ahora es vigilante en una granja de camarón. Yo hago de todo un poco; por ejemplo, ahora estoy haciendo una máscara para las pascolas, hago tejidos para vender, arreglo ropa, pongo inyecciones o voy a cuidar enfermos.

Mi temor es que a estos muchachos les pase algo, porque ya hemos tenido suficiente. Ellos me dicen que se van a meter a investigar entre la gente que conocen para averiguar algo de su papá, yo los regaño y les digo que no lo hagan, que me dejen eso a mí. Quiero recuperarme pronto para volver a las búsquedas, porque hay que seguirlos buscando, pero también tengo que estar cerca de estos muchachos porque a ellos también les puede pasar.

UNA ASTILLA CLAVADA EN EL CORAZÓN,
CARTA A ADELA RODRÍGUEZ

Permítame llamarla Ade, porque a pesar de no conocerle, usted, igual que yo, llevamos una astilla clavada en el corazón. Las dos hemos sido separadas de nuestros hijos por la violencia policial. Ser madre ha sido la tarea más difícil de realizar, pero también la más maravillosa.

A la distancia sólo puedo animarla a que siga insistiendo, que siga buscando, sé que el corazón de una madre nunca falla, que tal vez la llevará por senderos peligrosos y difíciles de escalar, pero no desista, no detenga su marcha, un paso le llevará a otro y cuando el cansancio le agobie sólo respire un poco y continúe, pero no deje que su mirada se desvíe demasiado, siga vigilando a los que van delante de usted, sus nietos, porque ellos son su fuerza, son la parte del corazón de su hijo; ellos, al igual que usted, también desean saber dónde está su padre.

Sé que tiene fuerzas para continuar porque Dios, cuando formó a la mujer, nos hizo muy sensibles pero fuertes como roble, con ramas frondosas para poder resguardar bajo el regazo a nuestros seres queridos, y cuando las fuerzas le abandonen sólo recuerde que no tiene tiempo para lamentarse, porque Dios la tiene tomada de su mano y él le cobija con todo su amor. A pesar de no conocerla la siento muy cerca de mí, porque, al igual que yo, hay algo que sí nos une, una fuerza que nos hermana: las dos cargamos con el mismo dolor, la ausencia de nuestros hijos.

Desde el Cereso Femenil de Atlacholoaya,

ESTHER MARTÍNEZ ROJAS